



P. Antonio Gerardo Fidalgo, CSsR

PARA AHONDAR
NUESTRO CAMINAR
CREYENTE, DESDE
EL CREDOMARTIANO
Y PETRINO

Misionero redentorista. Ha servido como formador de estudiantes, profesor y pastor de comunidades urbanas y suburbanas. Enseña teología dogmática desde 1995 en varios Institutos y Facultades Argentinas, y desde 2010, en Roma (Academia Alfonsiana); combina, en los dos semestres de cada año, sus cátedras en Buenos Aires y Roma. Participa en la CONFAR, como miembro del equipo de reflexión interdisciplinar. Acompaña a congregaciones religiosas en retiros, capítulos y espacios de formación. Hace parte del ETAP desde noviembre de 2009, de la que es coordinador en el período 2012-2015.

Resumen

En este artículo se pretende esbozar un camino que nos ayude a ahondar nuestro caminar cristiano. La proclamación de fe hecha por Marta, en el evangelio de Juan, se nos ofrece como una manifestación discipular, que complementa la proclamación de fe petrina clásica. Desde una lectura bíblico-teológica se quiere visibilizar el aporte martiano, para que, sumado al petrino, nos permita vivir el misterio de la fe desde un amor liberador (fe martiana) y una vida configurada desde el servicio (fe petrina).

O que se pretende com este artigo é esboçar um caminho que nos ajude a aprofundar nosso caminhar cristão. A proclamação de fé feita por Marta, no evangelho de João, se nos oferece como uma manifestação discipular, que complementa a proclamação de fé petrina clássica. Quer, a partir de uma leitura bíblico-teológica visibilizar a colaboração martiano, para que adicionado ao petrino nos permita viver o mistério da fé a partir de um amor liberador (fé martiana) e uma vida configurada a partir do serviço (fé petrina).

Hemos terminando el año dedicado a la fe y qué mejor que volver nuestra mirada a la Palabra de Dios (cf. *Porta Fidei* 1; 3; 6) y, dentro de ella, a dos testigos cualificados que nos ayudan a darle contenido a nuestro peregrinar creyente, en el aquí y ahora de nuestra historia, como memoria y camino de lo que este año ha querido significar. Es así como hemos elegido a Marta y a Pedro. Este último, por ser lugar habitual para garantizar la comunión en la fe de la Iglesia. Y Marta, porque, como las otras mujeres del segundo testamento, o han sido invisibilizadas o parcialmente tratadas en su significatividad evangélica.

1. Proclamación de la Fe en Marta (Jn 11)

En Juan 11 se presenta el último y más importante de los signos que Jesús realiza. Y aquí encontramos *la confesión mesiánica de Marta* (v. 20-27) y, en este contexto, se nos revela a Jesús como la Resurrección y la Vida para todo el que crea en él (v. 25).

La comunidad discipular de Jesús (cf. v. 1-17; «Betania», lugar figura de la nueva comunidad jesuánica, cf. Jn 1, 28; 10, 40) ha de medir su vida de fe, de seguimiento creyente, en el surco de la vida y de la historia. Este surcar la historia ha de vérselas, por un lado, con el drama que representa la amenaza de la muerte física (muerte de la que, obviamente, ningún/a seguidor/a de Jesús estará exento/a); y por otro lado, con el drama de cualquier 'signo de muerte' que ponga en vilo la fe en el Dios viviente. Enfrentar estas paradojas pondrá a prueba la calidad y la hondura de la fe cristiana. Y, como veremos, Marta hace escuela al respecto.

La luz del amor
que les hará ver, de
forma esperanzada,
los dramas de la
historia.

Todo el escenario se describe en un aire de afecto, de amistad, de honda comunión aún en la distancia, de tensiones y de clarificaciones.

«Volvamos a Judea» (v. 7) evoca teológicamente la oposición a Jesús (cf. Jn 4, 1-3.47.54; 7, 1; 10, 22-39). Psicológicamente, podríamos decir que evoca el miedo de una comunidad que está entre volver y no volver a sus raíces,

para seguir andando e interpretando la vida, desde una novedad aún no incorporada del todo a su caminar histórico. Es verdad, por una parte, que los discípulos tienen miedo por Jesús (v. 8; cf. Jn 10, 31.39), pues es claro que para ellos su muerte sería el final de todo, por lo que debería evitarse. Pero no es menos verdad, por otra parte, que son ellos los que tienen miedo; es su fe en Jesús la que tiene miedo, la que no sabe cómo enfrentar los dramas que tienen delante. Jesús responde a ese miedo (v. 9-10):

«doce horas de día», duración de su actividad (el día sexto, cf. Jn 2, 1), que van a terminar con la resurrección de Lázaro y la decisión de matar a Jesús por parte

de las autoridades; *la luz*, la posibilidad de trabajar; *la noche*, la cesación de su actividad. Para los/as discípulos/as, Jesús será la luz (cf. Jn 8,12; 9,5) que les permita trabajar sin miedo, la luz del amor que les hará ver, con la luz de la fe, de forma esperanzada, los dramas de la historia.

«Betania distaba de Jerusalén sólo unos tres kilómetros» (v. 18). Se trata, pues, de una comunidad

que, habiéndose adherido al camino de Jesús todavía, sigue adherida a modos de pensar y de vivir pertenecientes más a la tradición del Israel histórico. Ello lo pone de manifiesto el gesto de que habían venido «muchos judíos» (v. 19), que viniendo del centro (Jerusalén) opositor a Jesús, veían que la comunidad discipular, desde su pequeña periferia (Betania), no había realizado mayor ruptura con respecto a ellos, como el mismo Jesús había presentado en su proyecto. Betania (casa del pobre, de los dátiles, de la aflicción), esto es, una comunidad donde reina la amistad de los pobres que conjugan la dulzura y la aflicción y donde se aprende a ser creyente dentro de un proceso histórico de vida, de realización de la propia identidad creyente, a través de los vericuetos de la vida misma. Betania es esa aldea que parece ubicarse en el lado oriental del Monte de los Olivos, al este de Jerusalén, en el camino de Jerusalén a Jericó. Allí, según los relatos evangélicos, vivían Lázaro, Marta y María; allí Jesús estuvo en varias ocasiones (cf. Mc 11, 1.11.12; Mt 21, 17; Lc 10; 38; Jn 11, 1).

*Betania donde
reina la amistad
de los pobres que
conjugan la dulzura
y la aflicción...*

«Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, pero yo voy a despertarlo» (v. 11). Con un lenguaje si se quiere algo ambiguo, pero no menos sencillo y cotidiano, se comienza a hilar el drama desde otra perspectiva. «Nuestro amigo» evoca una realidad común, éste es el lugar vital de una comunidad creyente, es el lugar primario de su verificación. Hay vida de fe si hay amistad que tensiona y tense (cf. Jn 3, 15). La tentación será siempre el abandono, el sálvese quien pueda; tentación que enfrenta la comunidad discipular buscando disuadir a su fe jesuánica de su propósito de riesgo (cf. v. 12-13).

Se ve que para dicha comunidad, ‘salvarse’ implica evitar la muerte física, los derroteros de la vida; en cambio la propuesta creyente de Jesús es tener una vida, vivir una vida que supere la muerte (cf. Jn 3,16).

«Se ha dormido» (cf. 1Cor 7, 39; 11, 30; 15, 6.18; 1Tes 4, 13), no simplemente porque esté ‘descansando’, como parecen comprender los/as discípulos/as

(v. 12), sino porque en verdad está ‘muerto’ (v. 14), como muerta está la esperanza discipular por no ver las cosas que le suceden desde el contenido de fe que Jesús le propone. La comunidad discipular no ha comprendido el proyecto de vida que le comunica Jesús, sigue aferrada a un paradigma obsoleto, de relación lineal vida-muerte. Su fe es aún inmadura. De allí que la resurrección de Lázaro será un símbolo anticipatorio del contenido que aportará, de modo pleno y profundo, la resurrección de Jesús. A través del mismo Jesús, va a ponerles en claro el fundamento de la fe cristiana: percibir el alcance del amor de Dios, asumiendo que la vida vence a la muerte.

No podía faltar una aparición, que es toda una precisión, es decir, «Tomás», «el mellizo» (v. 16). Es quien refleja la similitud de la conciencia colectiva discipular, esa parte de la misma que cabalga entre la rebeldía y la búsqueda de mayor fidelidad, entre el esfuerzo arduo de la racionalidad y la confianza amorosa hasta el final. Se trata de esa actitud discipular

que manifiesta estar dispuesta a morir «con Jesús» (nótese que no como esa otra consciencia, más petrina, que estará dispuesta a morir «por Jesús» (cf. Jn 13, 37). Se trata de estar dispuestos/as a seguir a Jesús hasta la muerte. Pero, ‘Tomás’ representa todavía un pensar la muerte como inminente y como última expresión. Es reflejo de la consciencia humana que encuentra razonable darlo todo sin remilgos, pero no más por ahora (cf. Jn 20, 25); deberá descubrir el proceso de fe que lleva a palpar la victoria de la vida sobre la muerte (cf. Jn 20, 27ss).

*La comunidad
necesita que la
voz de Jesús le
devuelva el sentido
de la vida, le abra el
horizonte.*

La comunidad que vive la totalidad del tiempo histórico («cuatro días»), encerrado en el marco de sus dramas históricos («sepulcro»), necesita que la voz de Jesús le devuelva el sentido de la vida, le abra el horizonte (cf. v. 38b.43). Y para ello necesita encontrar eco en una actitud discipular que encontramos evidenciada en la figura, justamente, de Marta. Ella, en apertura radical a la Palabra de Jesús, se deja conducir por ella hasta llegar a una aceptación total de su misión como generadora

de vida en abundancia para todas/os. Su fe va creciendo hasta alcanzar la madurez de una verdadera/o discípula/o. Para ello tiene que superar conceptos arraigados en ella desde antiguo.

En un primer momento, descubre que no es suficiente su fe en Jesús como quien tiene el poder de realizar milagros (v. 22). Tampoco es adecuada su fe como mujer judía que considera la resurrección como una realidad futura (v. 24). Guiada por el mismo Jesús llega a descubrir y acoger sin reservas el núcleo de la fe cristiana: la resurrección empieza a acontecer en Jesús mismo («Yo soy»), y desde Él es comunicada a todas/os las/os creyentes.

Marta espera contra toda esperanza: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que aún ahora Dios te concederá todo lo que le pidas» (v. 21-22). Jesús quiere mover a Marta a una fe mayor en su persona. No se trata solamente de creer -como creían muchos judíos- en la resurrección de los justos, el último día. Es el propio Jesús quien es ya, desde ahora,

la resurrección y la vida. «¿Crees esto?» (v. 26)... pregunta de Jesús que va dirigida a todas/os las/os cristianas/os.

Marta se ha vuelto una figura paradigmática. Por su boca, la comunidad confiesa su fe: «Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo» (v. 27). Ella hace una importante confesión de fe, que es la misma que hace el discípulo amado como 'autor' del cuarto evangelio: «Estas (señales) han sido escritas para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios...». Pero, más aún, la confesión de fe de Marta corresponde a la fe de Pedro en la tradición

apostólica: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios Vivo» (Mt 16, 16; Mc 8, 29; Lc 19, 20), una confesión que le valió la alabanza de Jesús, porque había sido una afirmación que reflejaba la revelación divina (cf. Mt 16, 17). Marta, una mujer trabajadora (cf. Jn 12, 2), destaca por su gran fe, y su experiencia marca el camino para quien quiera seguir al Señor.

El movimiento existencial de Marta, cuyo modo de pensar y

**Jesús quiere
mover a Marta a
una fe mayor en su
persona.**

creer representa a los de la comunidad, emerge como respuesta al acercamiento de Jesús, *llega él y Marta sale a su encuentro* (v. 20). Nótese que en esta ocasión Jesús no entra en la casa, pues ya no reina ese clima de amistad en torno a él sino más bien reina una solidaridad ciega con la muerte; *María sí está allí* y allí permanece «sentada», instalada podríamos decir. Sí, la *comunidad elegida* estaba encerrada en una mentalidad ajena a la que debía sustentarla, ya no está a los ‘pies del Maestro’, se sentó en la cátedra de un pensamiento que huele a muerte y desesperación. El hecho de que Marta tenga luego que ir a buscar a María, hablándole en secreto (v. 28), pone de manifiesto la hostilidad y la mentalidad contraria a una presencia efectiva de Jesús en la nueva realidad.

En cambio ‘Marta’, la ‘palma’ (según el arameo) que sabe que puede saber a victoria y no sólo a duelo, se atreve, porque es ‘señora’ de la casa (según el hebreo), a salir a buscar al ‘señor’ de la casa (cf. v. 21) y a reclamarle por su ausencia. La presencia se

recupera cuando la ausencia se hace clamor, irrupción, plegaria ardiente, en búsqueda de lo que se ha perdido o no se encuentra. La fe se nutre en esta dinámica, pues ella no es simple adquisición de saberes sino relación en y desde la tensión entre la afirmación y la negación de lo que se ama.

Así las cosas, primero aparece la reacción «si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto» (v. 21). Es importante, pues la fe no madura, sino que reacciona ante los límites que le presenta la realidad a sus, muchas veces ‘serenos’, presupuestos en los que se basa. La comunidad jesuánica no debería sentirse esclava del

poder de la muerte. Sin embargo, allí está, entre lamentos y confusiones. Una comunidad que desde su fe martiana (cf. v. 22.24) aún está anclada a presupuestos que no son del todo liberadores, pues se apoyan en una imagen milagrosa y todopoderosa de Dios («sé que todo lo que le pidas a Dios, Dios te lo dará»), que no se ajusta del todo al proyecto de Jesús. Éste, no está presente en la comunidad como un mediador infalible

*Ya no reina ese
clima de amistad
en torno a él sino
más bien reina una
solidaridad ciega
con la muerte...*

ante un Dios lejano y todopoderoso. No es un demiurgo. La comunidad debería comprender que el Dios de Jesús es un Padre y que, por ello, Jesús y el Padre son uno (cf. Jn 10, 30) y que, por lo mismo, las obras de Jesús son las del Padre (cf. Jn 10, 32.37). Jesús, más bien, se hace presente restituyendo la esperanza (v. 23) y afirmando una novedad que no se logra aún vislumbrar (v. 25). Pero eso, la comunidad no lo percibe, porque, como pone bien de manifiesto el rol ejemplar de Marta, interpreta las palabras de Jesús según la creencia de los fariseos («la resurrección del último día», v. 24), una creencia que había calado, se la sabían hasta el hartazgo; Marta delata dicha decepción («ya sé»); muy linda teoría, pero la vida la supera sin dar razones ni entender explicaciones.

La novedad de Jesús es que no ha venido a suprimir la muerte física, sino a comunicar la vida nueva, que él mismo posee y de la que dispone como el más grande don del Padre para la humanidad (cf. Jn 5, 26). Ha venido a darle un sentido nuevo a la vida

a través de la entrega que lleva a la muerte (cf. Jn 10, 18). Por eso dirá «Yo soy la Resurrección y la Vida» (v. 25), donde podríamos decir que el primer término depende del segundo, esto es, que es *la resurrección* por ser *la vida* (cf. Jn 14, 6). La vida que comunica la presencia de Jesús (vivir la comunión creyente en y desde él) al encontrarse con la muerte, la supera. Eso es la resurrección, realidad que para nada queda relegada a un futuro, puesto que

La vida que
comunica la
presencia de Jesús
al encontrarse
con la muerte, la
supera.

Jesús, que es la vida, está presente. Si él está en el centro, la vida creyente enfrenta toda muerte y en ella afianza esperanzadoramente la vida. Es un despertar histórico, como el de 'Lázaro' ('Dios socorre',

'ayuda'). La comunidad sale de la oscuridad donde la muerte la ha esclavizado, si es socorrida por la fuerza de la Palabra de Dios que la anima a salir de esquemas mentales, de horizontes temerarios, abriéndose a la aventura de la vida, en la entrega sin fin. Por ello es signo de la resurrección de Cristo, en el sentido de que es antelación en la historia, de lo definitivo. Es el ya, sí, de la vida en medio de tantos todavía no de

la muerte, hasta que llegue el día sin ocaso, donde la luz sea sin oscuridad alguna.

Si la comunidad se adhiere en verdad al proyecto de Jesús (v. 26) gozará del don del Espíritu, esto es, de la posibilidad de un nuevo nacimiento a una vida nueva y a un permanente despertar, salir a la vida (cf. Jn 3, 3s; 5, 24; 8, 51). La comunidad debe 'creer esto' (v. 26). Marta, voz de esa comunidad que busca progresar en su fe desde la práctica que la desborda, responde con una bella y honda *fidei christianae professio* (v. 27; cf. Jn 20, 31). La comunidad de elegidas/os, para ser la presencia de aquellas/os que viven de la escucha fiel de las Palabras del maestro, necesita de la fe martiana; ella les susurra al oído, les llama a la *obedientia fidei*. María, la comunidad con ella, se pone a los pies de Jesús (v. 32) y se sincera; su reacción viene expresada en las mismas palabras dudosas de Marta (v. 32; 21), dejando ver por su llanto y el contexto todo, que están siendo ganadas/os por la muerte (v. 31). De frente a esta situación, Jesús se contiene, más teológicamente que afectivamente,

diríamos. Jesús no quiere ser cómplice de este tipo de dolor. Aunque a la vez su cercanía es tal que «lloró» (v. 35). Hay sin duda una diferencia entre el dolor desesperanzado de la comunidad sin hondura de fe (María) y el dolor sereno que permite la fe confiada (Jesús). Tan es así que, aun los menos cercanos al proyecto de Jesús pueden leer en ese gesto la presencia del amor: «¡Cómo lo amaba!».

María, la comunidad
con ella, se pone a
los pies de Jesús y
se sincera...

Jesús demostrará que una vida así es capaz de *conmoverse* (v. 38), esto es, dejar que la realidad, hasta la más dura, nos mueva fuertemente a reaccionar, pero con eficacia, en orden a su transformación. Lázaro, o sea, la parte de la comunidad encerrada en las ataduras de la muerte, está en el sepulcro/cueva (v. 38b.), hace referencia al de los patriarcas (cf. Gn 49, 29-32; 50, 13). Sí, ese antiguo sepulcro, el de la sola muerte. Esto está en clara oposición al sepulcro nuevo de Jesús, que es el vientre de la vida, allí donde todo parto es muerte-vida, luz que emana de la oscuridad, viento y fuerza pascual; de allí que, como sabemos, en dónde él

había sido colocado nadie había sido puesto todavía (cf. Jn 19, 41). Lázaros representa aquí una mentalidad que lleva a la muerte, a la desesperanza, una fe que no es portadora de vida. Pues él ha sido enterrado a la manera y concepción judía, esto es, «para reunirse con sus padres» (Gn 15, 15). Así vemos que la losa simboliza la clausura total y definitiva que realiza, según dicha mentalidad, la muerte.

Así las cosas, se comprende que Jesús (la fe en Jesús) pida a la comunidad que se despoje de esa creencia: «Quiten la piedra» (v. 39). Marta (la fe que está en proceso aún) no logra captar la diferencia

entre la muerte actual y la que desde siempre ha sufrido la humanidad («cuatro días», cf. v. 17). Esa fe bien proclamada (cf. v. 27), todavía vacila ante la cruda realidad: «Señor, huele mal» (v. 39). Ahora sí, después de haber realizado un largo camino pedagógico, Jesús arremete teoría con teoría, ya el terreno está preparado, la falsa ideología debe por fin ser desenmascarada, poniendo de relieve su incapacidad para dar

vida. Así pues, Jesús reprocha su incredulidad (v. 40). Ante dicho reproche, la comunidad se decide a abandonar su idea de la muerte: «entonces quitaron la piedra» (v. 41). Esta transformación amerita la alabanza creyente. Allí tenemos ahora a Jesús que «levanta los ojos» (v.41) y da gracias al Padre (v.42), porque le ha dado todo (cf. Jn 3, 35). Reflejando de ese modo que la fe verdadera (que se mide por el amor) es la que sostiene a la verdadera fe (que se mide

por la esperanza): «yo sé que siempre me oyes, pero lo he dicho por esta gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado» (v. 42).

Lázaro representa aquí una mentalidad que lleva a la muerte... una fe que no es portadora de vida.

El grito de Jesús es el grito creyente, que desde el amor sabe que su esperanza no ha de ser defraudada y se lanza a realizar una historia liberadora. Por ello es una fe que tendrá fuerza y podrá decir cada vez: «¡Lázaro, sal afuera!» (v. 43), abriendo el espacio a la vida (cf. v. 25; 19, 41). La muerte real es pesada y difícil de digerir, de enfrentar, ella es hedor (v. 39), amarra en lazos de muerte, vendas y sudario (v. 44) que incapacitan a la comunidad, los seres humanos

todos, para moverse y actuar con libertad al servicio de la vida. Jesús (la fe en Jesús) pone de manifiesto esta realidad a través de una paradoja: el muerto sale por él mismo, porque nunca la muerte lo pudo, simplemente en el fondo sigue latiendo la vida. De allí que la comunidad recibe la misión de ser liberadora: «desátenlo para que pueda caminar» (v. 43); la comunidad debe mantener fiel esta convicción esperanzadora, que los que creen no están sometidos al poder de la muerte.

La comunidad debe saber que su fe en Jesús le permite caminar libremente por esta historia, aunque deba atravesar las más arduas y duras pruebas. Jesús, como de costumbre, no hace ningún milagro (entendido como salto cualitativo extraordinario), sólo les posibilita el cambio, pues la misma comunidad que había atado parte de sí a los lazos de la muerte, es la que debe desatar y liberar. Así, desde la fe en Jesús, la comunidad se salva de los lazos de la muerte que los paralizaba, amedrentaba. Ahora la comunidad está en condiciones de comprender mejor que morir no significa dejar de vivir, que ha de ser capaz

de entregar su vida como Jesús, para recobrarla (cf. Jn 10, 18).

No sólo la comunidad se ha transformado en sí misma sino que ha encontrado el centro de su misión. La comunidad, dejando obrar a Jesús «al ver lo que hizo Jesús» (v. 45; la fe en Jesús) en ella, ha permitido la adhesión de otras/os a este caminar discipular: «muchos de los judíos que habían ido a casa de María creyeron en él» (v.45). Pues para la comunidad joánica, Jesús es la Palabra de Dios que estaba en el seno del Padre y nos ha sido revelado en la historia (cf. Jn 1, 14.18) y a esta presencia se le responde desde un encuentro que suscita la fe en

él que, a su vez, se expresa como adhesión (cf. Jn 3, 16; 5, 24.36-37; 8, 26.42.54-55; 12, 44-50; 14, 6-9; 17, 3; etc.).

2. Relación entre la proclamación de Fe en Pedro y en Marta

La fe martiana se da en un contexto donde la vida está de frente a la oscuridad que no deja ver otra cosa que dolor y desolación. Es una fe donde su corazón se hace adhesión total a Jesús y su boca la proclama. Con lenguaje

*La fe en Jesús le
permite caminar
libremente por
esta historia...*

popular expresa su credo: «Jesús es el Cristo», el enviado de Dios; Jesús trae el tiempo de la salvación; «Jesús es el Liberador»; desata las ataduras de la muerte. Creyendo en él se ha de poder cambiar nuestra realidad de dolor y de muerte porque trae la vida en abundancia (cf. Jn 10, 10). La fe martiana es la fe discipular que, en medio de la oscuridad del dolor, busca y sostiene la profunda convicción del corazón.

La fe petrina (Mc 8, 27-30) se da más bien en un contexto donde la vida necesita clarificar la identidad del seguimiento. Aquí vemos que Pedro proclama, en nombre de la nueva comunidad, la respuesta correcta. Veamos el texto en su propio contexto para señalar el alcance discipular de dicha proclamación de fe.

Un detalle para nada obvio es que la escena se desenvuelve en territorio ‘pagano’, por las «aldeas de Cesarea de Filipo» (v. 27). Además, están en la pedagogía del camino y en ese espacio, alejado de la ‘presión’ de la mentalidad de la religiosidad hebrea

(de modo particular la farisea), están en mejores condiciones de libertad para definir la identidad de Jesús, que es como definir su propia identidad de seguidoras/es de Jesús. En este contexto distendido, se escuchan las opiniones de la gente, que, como se ve, identifican a Jesús con figuras del pasado: «unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que uno de los profetas» (v. 28; cf. Jn 6, 14-16). La comunidad y el en-

trono no logran ver en Jesús otra cosa que lo que sus pre-comprensiones de siempre les hacen ver y esperar.

Jesús, para ver si su comunidad está o no despegada de aquella ideología, particulariza su pregunta. Es claro que lo

estaban, o al menos no estaban del todo despegados de ella, pues no hay respuesta directa. Será sólo Pedro quien, en nombre de todos (cf. Mc 1, 36), responde lacónicamente: «Tú eres el Mesías» (v. 29). Es una respuesta, podríamos decir, de ‘catecismo’, como quien recita una fórmula hecha para recibir aprobación, sin comprender demasiado lo que se dice y, menos aún, quizás de

*La fe martiana
es la fe discipular
que, en medio de la
oscuridad del dolor,
busca y sostiene la
profunda convicción
del corazón.*

tenerla profundamente asumida como propia. Así se entiende por qué Jesús no agrega nada, no hay aprobación ni reprobación, simplemente «les ordenó terminantemente que no dijeran nada acerca de él» (v. 30). Sólo en la versión de Mateo (pues en Lucas es como en Marcos), Jesús expresa un comentario positivo hacia Pedro: «Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo» (Mt 16, 17); pero se ve que no es más que para recalcar que lo dicho por Pedro no es fruto de su propia madurez, ni adhesión, sino de una revelación de Dios que él aún deberá asumir como propia. Esto lo sabemos porque, tanto en este evangelista como en el mismo Marcos, a renglón seguido, será el mismo Pedro el reprendido duramente por Jesús, por no estar en sintonía con el proyecto de Dios «¡Retírate, ve detrás de mí, Satanás!, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mc 8, 33; Mt 16, 23). Además, porque si nos fijamos bien en la respuesta, la de Pedro es muy diferente a la de Marta, quien tuvo de parte de Je-

sús mucha mejor recepción. Marta: «tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo», el contenido mesiánico está más en la línea de la propuesta de Jesús (cf. «Jesús, Mesías Hijo de Dios» Mc 1, 1). Pedro: «Tú eres el Mesías» no es más que una respuesta convencional, mucho más ligada a la expectación popular nacionalista (cf. «Mesías hijo de David» 12, 35-37).

«Tú eres el Mesías,
el Hijo de Dios, el
que debía venir al
mundo»

Así que no están en condiciones de difundir su identidad. Porque, por un lado, no es del todo teóricamente cierta y podría seguir contribuyendo a la espera de un mesianismo falso y, por otro lado, no hay una adhesión total a su persona y proyecto. Por eso, luego se pondrá a «enseñarles» (v. 31; cf. v. 32), esto es, no sólo a informarles sino a comunicarles aquello a lo que en verdad deberían adherir. De allí que Jesús no use ninguno de los títulos con los que viene identificado sino el de «Hijo del hombre» (v. 31; cf. Mc 2, 10; 2, 28). En esta imagen está su programa de nueva humanidad, que su comunidad debería creer y crear con la fuerza del Espíritu (cf. Mc 1, 10).

Quien no se adhiera a este camino creyente será identificado con Satanás, el enemigo de los seres humanos y de Dios (cf. Mc 1, 13). Porque su mentalidad es reflejo de la elaborada por la tradición farisea y rabínica (cf. Mc 7, 8). Se trata de esos que «no ven ni oyen» (Mc 8, 24.27). Así queda claro que la nueva formulación creyente se bate entre dos concepciones que encierran a su vez dos actitudes. Una, que se basa en el Mesías Hijo de Dios (cf. Mc 1, 1; 14, 61s), que se entrega por la humanidad (cf. Mc 1, 9-11); y otra que sigue al Mesías hijo-sucesor de David (cf. Mc 10, 47.48; 12, 35-37), victorioso y restaurador de Israel. El servicio y el poder. La identidad cristiana, que eso es adherir a una fe, deberá decidirse por uno u otro. Sólo será fe en la propuesta de Jesús, si su respuesta va por el servicio.

*La fe martiana nos
posibilita una vida
configurada desde
un amor liberador...*

Así las cosas, la fe martiana nos posibilita una vida configurada desde un amor liberador y la fe petrina una vida configurada desde el servicio.

Mucho quedaría aún por decir, por desmenuzar. Pero con lo añadido hasta aquí, parece suficiente para dar un aliento a nuestro caminar creyente, sabiendo que si nuestra fe está en crisis, más allá de las variables que la producen y la encausan, nos está diciendo que espera una respuesta. Si esta se aventura por la dinámica del crecimiento, y no de la defensa apologética, encontrará en la fe martiana y petrina, juntas, un camino de realización alentador.

Sólo así, pese a todo un sin fin de emergentes críticos, podremos continuar a darle crédito a nuestra herencia creyente y, por ende, tener gran plausibilidad de proponer la fe cristiana como un verdadero camino de vida y de esperanza.